

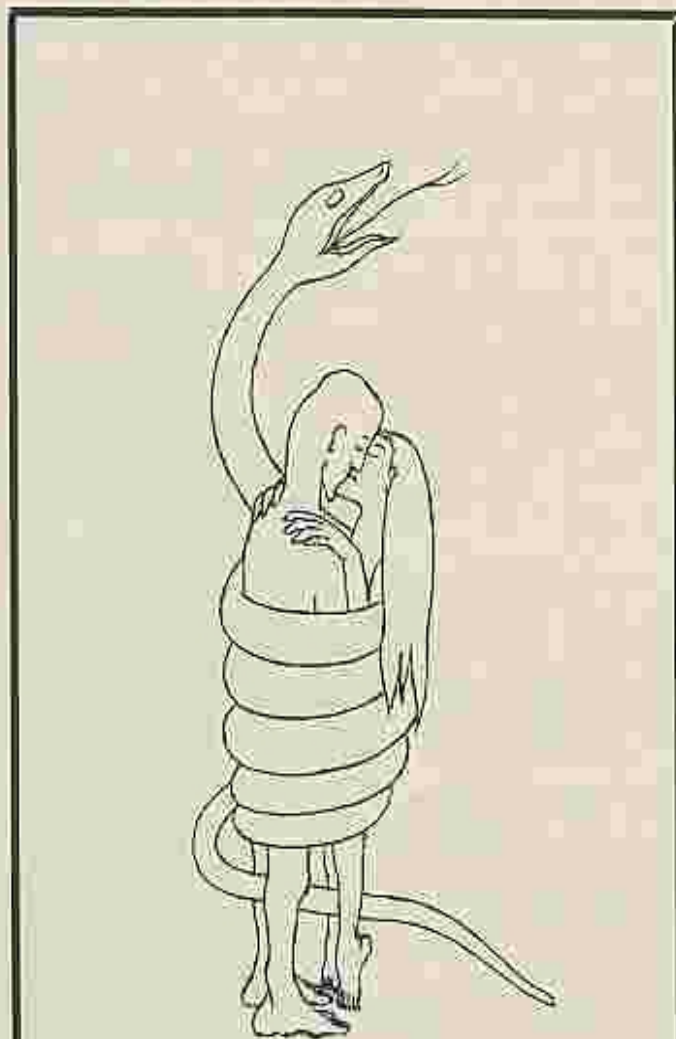


Cada español es como un Averroes convencido de buen grado de que hay verdades que sólo existen la razón y verdades que sólo proporciona la fe; empezando por Santa Teresa y terminando por nuestros tecnócratas.

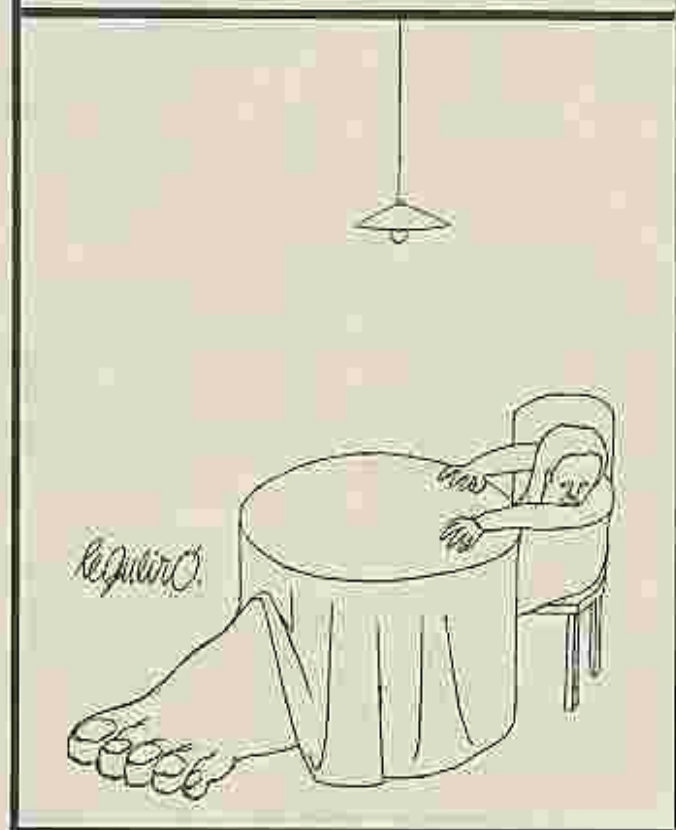
médicos encargados en el sumario de determinar el estado mental del pobre Fernández lograron salvarle de la muerte, aunque no de otros rigores. Es muy simple: «Respondió en razón que «sí» a las preguntas formuladas; por lo cual no cabe certificar de manía formal, sino de una demencia obliviosa la padecía por el rey». En vista de dictamen tan concreto, el Tribunal mandó desmantelar la prevenida horca y dio al «oblivioso» empleo por diez años en las galeras reales.

Es curioso comprobar cómo durante el siglo XIX la Medicina trata de sacudirse el lastre rutinario, sin lograrlo del todo. Salvo algunas figuras eminentes y tardías, del tipo de un Ramón y Cajal, por ejemplo, y un buen número de médicos activos y atentos al movimiento coetáneo europeo, una importante fracción de profesionales sigue apegada al formalismo y a los recetarios anacrónicos. Es cierto que se percibe una atención notable por los avances extranjeros y se trabaja en pro de una mentalidad «racionalista». —el médico parece responder a un tipo conservador, pero cuenta en el XIX con una nómina de progresistas sorprendente; con el insigne Jaime Vireo a la cabeza— aunque no lo es menos que el camino se presenta todavía sin despejar. Un médico —ahora exhumado por los historiadores socialistas— Montau, dirigió una revista, «El Monitor de la Salud, de las Familias y de la Salubridad de los Pueblos», que recomendamos a quien quiera

comprobar cómo era compatible todavía un dignísimo criterio científico y una información a la page con la publicación por capítulos del «Regimen sanitario» de la Escuela de Salerno, código aforístico entablado desde la Edad Media y difundido por Arnaldo de Villanova, en el que pueden leerse consejos como este infatigable sobre las ocurrencias que conviene observar en invierno, y que no traduzco por poder: «Et tunc venereus samel in mente valet usus: Venarum de consilium, si lux patitur...». La impresión es de 1854: Virchow, Darwin, Pasteur, Claude Bernard, Wurtz, etcétera, eran ya moneda corriente en Europa. Es una prueba más de que ni siquiera en el siglo XIX se disuvió la ambigüedad climática del cristianismo hispano. Cajal nos ha dejado una buena pintura de lo que eran los profesores de su tiempo. Pero incluso más adelante, cuando él llega a descubrir la estructura del sistema nervioso y dilucida los misterios de la histología profunda, el país está lleno de médicos homeópatas, de hidroterapeutas fanáticos, de seguidores de la Escuela de Salerno, de profesionales devotos del azufre, del sublimado y hasta de la gallinaza. Es una historia que casi no tiene fin y que no se explica suficientemente con el argumento del atraso relativo, sino, tal vez, proyectándola sobre el fondo complejo de trascendentalismo y separación en que se nutre el espíritu español. ■ J. A. G. M.



Reguero.



Reguero.